UN SERMÓN SOBRE EL TAMAÑO

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Traducción de Xavier Peláez

COMO SI TUVIERAN algún mensaje oculto, las parábolas chinas suenan didácticas y misteriosas, aunque la mayoría de las veces simplemente afirman lo evidente. Consideremos ésta que trata del tamaño: Hace mucho tiempo hubo un hombre llamado Liu Ti, que inventó la vela. Con el tiempo, descubrió que cuanto más grande fuera la vela mejor se navegaba. Por consiguiente, puso toda la lona que el navío pudo soportar, hasta que se encontró con su primera tempestad. Por poco no se ahogó. Entonces decidió reducir su aparejo al mínimo. Esto resultó seguro, pero se dio cuenta con consternación de que no avanzaba para nada. Dijo Liu Ti: he intentado agrandarme y he fracasado. He intentado empequeñecerme y he fracasado. Descubriré el tamaño del que soy digno y triunfaré.

Me pregunto si tiene sentido poner en duda el tamaño de la literatura. Tengan en cuenta que no me refiero a su alcance o dimensión. Ni quiero poner en cuestión su grandeza o incluso su grandiosidad, para la que, en principio, no hay límites. Pero me pregunto y les pregunto: ¿qué tan grande es? ¿Tiene un tamaño significativo, como aquella vela del barco?

Es una pregunta desconcertante e ignoro a qué tipo de persona sería adecuado dirigirla. Definitivamente, no a un escritor. Nuestra percepción de lo que hacemos es —notoriamente— propensa a la distorsión. Por un lado se nos conoce por los ataques recurrentes de presunción. Los anales de la literatura están repletos de esta ilusión. Por otro lado los escritores frecuentemente se han rehusado. Una y otra vez han menospreciado el fenómeno: todo es en vano, nadie nos escucha, es perfectamente inútil si no perjudicial, una pérdida de tiempo, trabajo de ociosos... En muchos de nosotros hay una curiosa especie de derrotismo quejumbroso, con golpes de pecho y un odio moralizador de nosotros mismos, que no puede ser sino el lado inverso de la megalomanía. De todas formas, parece que nos falta precisamente lo que Liu Ti buscaba: un sentido de las proporciones.

¿Qué decir, entonces, de los editores? Deberían tener una idea. En efecto, apenas pueden resistirse a actuar como si la tuvieran. Sus respuestas son justamente como las de Liu Ti, empíricas, pero eso no significa que se pueda confiar en ellos. En su caso la parábola no tendría fundamento, para empezar porque sus estimaciones tienden a ser autocomplacientes; y en segundo lugar porque mientras una vela es una vela, la mayoría de los libros son no-libros. Por eso una literatura menor o aun invisible podría perfectamente coexistir con una industria editorial multimillonaria.

¿Debemos volvernos entonces hacia el sociólogo o el crítico cultural para encontrar una respuesta al ideólogo? A la vista de los hechos, esto sería el colmo. Y más que nada, un desacierto. Si el destino de la literatura dependiera de las valoraciones de los teóricos, hace tiempo que se hubiera ido a pique.

Consideremos por ejemplo las magníficas ilusiones del Siglo de las Luces y sus continuadores, los educadores del siglo XIX. Estaban bastante seguros de que a su debido tiempo todo mundo seguiría a los privilegiados y leería "buenos libros". Pensaban que el tamaño de la literatura era potencialmente infinito. Era cuestión de erradicar la superstición, el atraso, los privilegios y los iletrados; tan pronto fueran eliminadas estas barreras, la gente iría en tropel a las escuelas y las bibliotecas y leería a los Clásicos. Quizá sea justo decir que este sueño jamás fue compartido por la población en general y menos en el mundo occidental.

Cuando esto se volvió una obviedad deslumbrante, los críticos, ideólogos y sociólogos siguieron el ejemplo de Liu Ti y se fueron al otro extremo. El último jirón de lona se rasgó del mástil de la teoría. La literatura fue condenada, el fallecimiento de la galaxia de Gutenberg fue declarado, y la mayoría de no-lectores identificados como la nueva raza de bárbaros.

Sospecho que los datos del asunto son más curiosos que las teorías. No es que esté en la posición de contestar mi propia pregunta pero se deben algunas pistas. La población de mi propio país, por ejemplo, se ha cuadruplicado en los últimos doscientos años. Sin embargo aun hoy este lugar nos daría el mismo número de lectores calificados de hace doscientos años. O, para ser un poco menos provinciano, ¿como puede explicar cualquier teoría social lo que jamás ha sido explicado por un experto y lo que algunos de mis amigos han sido tan generosos en llamar la Ley de Enzensberger? Hela aquí:

> La cantidad de gente preparada para leer nueva literatura, y quiero decir literatura seria, en cualquier idioma dado, es una constante universal, independiente del tamaño de la comunidad en cuestión. Aunque la población de Islandia sea 240,000 y la de los Estados Unidos sea 240 millones la constante de Enzenberger es igual en ambos casos. Un buen libro de poemas nuevos se encontrará con aproximadamente 2,455 lectores. La única excepción a esta ley, que yo sepa, es Rusia, donde existe un amor patológico por la poesía.

Huelga decir que mi conclusión es tentativa. Nos estamos ocupando de una empresa minoritaria. Se podría decir que es una minoría elegante, como lo demuestra esta reunión. (En cuanto al lado oscuro de este asunto, sería mala educación comentarlo: no quisiera arruinarles la cena). Más importante que el protocolo, sin embargo, es el otro aspecto que puede darnos ánimos. Servimos y pertenecemos a una minoría curiosamente resistente y aparentemente imposible de erradicar. Todo intento de abolirla por medio de violencia, corrupción, censura, escasez o exceso de fondos —y la historia está repleta de ellos— ha resultado un fracaso, y no sé de ninguna sociedad del pasado o del presente que haya logrado deshacerse de ella. Brindemos pues por este residuo esencial, el tamaño verídico e irreducible de nuestra vocación.